

Dos idiotas

Ruy Guka

EL SILENCIO FUE ENSORDECEDOR cuando el vaso voló hasta el techo lleno de agujeros enormes y se rompió con una viga provocando que los pedazos cayeran dentro de la casa tintineando sobre lo que encontraban y así los oídos de Juan y de Carlos pudieran descansar de tanto silencio.

—No me regañes. Tú me dijiste que tirara el vaso al techo —dijo Juan.

—Es que ya no lo soportaba. Además no lo dije en serio, me exalté. No pensé que fueras tan pendejo para hacerlo —le contestó Carlos.

—Pus tú, que tienes una casa jodida con el techo lleno de agujeros, que no protege ni a uno de tus pocos cabellos —dijo Juan.

—Ni a una mosca, pendejo —le contestó Carlos.

Juan y Carlos habían despertado temprano. Juan bajó de la parte de arriba de la litera y rozó con el pie la mano de Carlos. Éste abrió los ojos asustado y sin decir nada miró cómo Juan pasó por encima del sillón, le cambió de estación al radio, al que mantenían prendido aún para dormir, y se metía por un marco sin puerta a la cocina. Carlos dio una vuelta en su cama y su cara quedó frente a la pared. Trató de dormir de nuevo, pero se levantó de un salto golpeándose con los tubos de la cama de arriba.

—¡Qué te pasa, imbécil! ¿Por qué me tiras agua fría? ¡Chinga a toda tu reputísima madre, pendejo! —increpó Carlos.

—Qué, a poco se te olvidó que me debías una. Pus, a mí, no. Esteem... —pensó lo que diría y cómo lo diría. Le tenía miedo a Carlos, y más cuando se le saltaban las venas de alrededor de los ojos junto con una venota que asomaba por entre la profunda entrada de su pelo; sólo se atrevía a

atacarlo por la espalda—. Te acostaste con ya sabes quién —se atrevió Juan a decir dócilmente.

—Me lleva la chingada, tú sí que estás pendejo. No me acosté con Julia —decía Carlos y Juan se estremeció al escuchar el nombre—, ella se acostó conmigo. Y eso ya tiene un chingo de años. Olvídate de las viejas y prepárame el desayuno.

Juan abrió demasiado los párpados y sus pupilas vibraron de un lado a otro; giró sobre sí y fue a preparar el desayuno moviendo su cuerpo flaco y débil por la habitación desordenada y gris. Todavía miró temeroso hacia atrás, a Carlos, y lo vio cubrir sus pies con unos calcetines sucios de lana. Por distraerse de su camino, en vez de pasar por encima del sillón intentó rodearlo, pero se golpeó el dedo meñique con una de las patas del mueble y dobló su cuerpo dando un grito por el dolor. Tomó su pie para tratar de soplar el dedo mientras se columpiaba con la espalda en el piso. Mientras tanto Carlos refugió sus pies, todavía más, en sus pantuflas y caminó a la cocina sin antes pasar junto a Juan y patearle las costillas sin fuerza y decirle:

—Voy a preparar el desayuno y mientras tú trata de no hacer estupideces.

Juan olvidó el dolor del dedo y miró a Carlos con tristeza, desde el piso; se llevó una mano a la cara y acarició su mejilla rozándose los dedos con dulzura por su barba crecida y canosa. En la cocina, Carlos sacó un plato de la alacena al mismo tiempo que cerraba el cajón de metal oxidado de los cubiertos con su panza regordeta. Se preparó huevo con sal.

—¿Y el mío? —preguntó Juan, ya en la cocina parado junto a Carlos.

—Tú no te mereces que te prepare el desayuno, no jodas. Por tu culpa no hay tortillas ni, por lo menos, cebolla o jitomate para echarle al huevo —dijo Carlos.

—Pero, es que no me has dado dinero para esas cosas. Ayer te avisé de lo que faltaba en la cocina y como parece, no hiciste caso, pa variar —Juan tenía los ojos llorosos y movía las manos nerviosamente mientras le reprochaba a Carlos.

Juan se rascó una axila y luego preparó huevo con sal.

Carlos limpió su plato con la lengua y, cuando Juan apagó el fuego de la estufa, le tomó su plato con huevo sin consideración alguna y se lo empezó a comer tranquilamente.

—¡Oye, qué te pasa!
—protestó Juan.

—¡Cállate! —le gritó Carlos.

Juan se preparó otro huevo. Terminó su desayuno y se sentó en el sillón. Además del radio, había encendido una televisión pequeña a blanco y negro que desesperaría a cualquiera con su maldita antena que nunca alguien conseguiría poner en la dirección indicada para que se dejaran de ver las rayas en la pantalla. En ese instante a Juan no le importaban las rayas, leía una revista de biología y no le prestaba atención a nada más, aunque sin el ruido del radio y de la tele no lograría concentrarse en la lectura.

—Órale, huevón, párate de ese sillón y vámonos a mendigar. ¡Qué, todavía ni te has maquillado! ¡Ándale, imbécil! No me hagas esa carota, que ya sabes que aquí el que tiene que usar el disfraz de mendigo-travesti-idiota es el pendejo y no el chingón de entre nosotros dos, o sea, tú. Mira, no me encabrones —y Carlos levantó la mano para hacer como que le pegaría.

—Ya voy, tú ganas —dijo Juan protegiendo su cabeza con un brazo y con el otro estirado intentó acariciar a

Carlos, pero éste le hizo una mueca de asco y le retiró la mano con desprecio mientras escupía un gargajo que cayó entre el pie de Juan y el sillón—. ¡Eres un cerdo insensible de mierda! —estalló Juan irritado.

—Sí, sí, ya vístete, vamos

Juan se alistó y fueron a trabajar.

—¿No podemos ir a alguna avenida? —dijo Juan—. En esta esquina hay lapsos de quietud intolerables.

—No, tenemos que adaptarnos a la realidad y no dejar que ella nos manipule a nosotros —Juan quedaba impresionado cada que le escuchaba decir este tipo de cosas—.

Hay que hacer amistad con la tranquilidad y el silencio —concluyó Carlos.

—Pero, cómo le vamos a hacer. Es insostenible. Cada vez que no tengo ningún pinche ruido en la cabeza se me viene a la mente la imagen de ya sabes quién de una manera tan... Me da una moneda, porfís —Juan se interrumpió porque pasó una persona por la calle que se le quedó viendo. Él acostumbraba sonreír mostrando sus dientes amarillos y dos de ellos carcomidos, con una mirada coquetísima, además de las pupilas que no le obedecían

bien al moverseles de un lado a otro. Era un tipo desastroso; le causaba a la gente una conmoción de tristeza y a veces de asco. Todo esto mientras Carlos lo tenía agarrado de los pelos o de la oreja con ademanes exagerados; añádmole, por si fuera poco, un collar con picos al cuello que se conectaba con una cuerda deshilachada a la muñeca de Carlos—. Gracias, señor, es usted tan considerado como guapo —terminó de decirle a la persona que echó una moneda en el posillo que tenían delante de ellos—. En serio, no aguanto cuando no tengo un ruido con el que me distraiga. Luego luego aparece la imagen de ella. Es que por qué, no entiendo cómo pudo pasar. Su cara morena pálida y tan



quieta. La noche nos envolvía y no se escuchaba sonido de nada. Era una noche rara, ¿no? —comentó Juan.

—Sí, sí. Ya vámonos a la avenida y olvida esas cosas que no te ayudan a seguir en el camino. Pasó y ni modo —lo consoló Carlos.

De vuelta en la casa, Juan, cansado, sudado y apestoso se quitó una bufanda rosa de encaje, la dejó caer a un costado del sillón y él se dejó caer del otro lado llevándose el dorso de la mano a la frente, como esas señoras que quieren reiterar su cansancio, sacrificio o derroche de bondad a los demás después de hacer algo o soportar algo.

Cerró ligeramente los ojos y el sueño lo sumió lentamente en la pesadilla del recuerdo: Julia (alta, delgada y de ojos lúcidos que le hacían surgir una sonrisa cada vez que él la miraba) era arrastrada por el patio de la casa con el techo lleno de huecos. Su espalda se desgarraba con alguna piedra o fierro perdido en la tierra. Juan estaba rojo de éxtasis por el placer de verla castigada, se le veían las encías que palpitaban por la fuerza con que se apretaba los dientes; a Julia le corría un hilo de sangre por entre la nariz, pequeña y recta, y los labios; su boca quebrada por el miedo y el dolor que sentía; el pelo largo, lacio y castaño que volaba por su frente y que se ensuciaba en la tierra del patio.

—Despierta—le interrumpió Carlos la pesadilla—, tenemos que inventar otra imagen para que nos dé más lana la gente. ¿Qué se te ocurre?

Juan se encontraba pasmado en el sillón. Le dio terror y no pudo pronunciar palabra. Ya era de noche y sólo había una lámpara encendida. Juan, sobresaltado, fue al interruptor y encendió otro foco. Corrió hacia los aparatos para subirles el volumen, pero en el preciso instante en que subía la palanquita se fue la luz. Volvió la cabeza violentamente y desesperado comenzó a gritar y agitar los brazos tirando el radio.

Carlos se escandalizó, fue hacia Juan y le dio un puñetazo en las

costillas. Éste, excitado por el miedo, le dio una cachetada sonora a Carlos, quien por el impulso salió volando y cayó en el sillón. Éste se repuso furioso, se puso de pie y fue a golpear a Juan, que seguía histérico, por todo el cuerpo hasta que se calmó y terminó sentado en el piso sollozando.

—¡Tienes que superar esa maldita mierda, no vale la pena! —le dijo Carlos.

—Pe, pero cómo puedes decir eso. Es que ya no te acuerdas cómo la torturaste, cómo le pasabas la navaja filosa por los pechos, piernas y pubis.

—No me acuerdo de eso. Puta madre, por qué eres tan débil y chillón. Me lleva la chingada —le dio un zape, se le encendieron los ojos, se llevó los puños al rostro inclinándose un poco hacia las rodillas mientras murmuraba furibundo frases inentendibles. Hasta que segundos después pudo decir claramente—. Necesitamos calmarnos. ¡Hay mucho silencio! ¡A mí también se me viene a la mente la pinche Julia! Una piel morena llena de sangre. Era tan bella y lista. ¡Haz algo, pendejo! ¡Lo que sea! Tira un pinche vaso al techo.

Juan se limpió la cara llena de lágrimas, se levantó del piso y fue por el vaso. •

